

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los juguetes de niños (cuya hora se aproxima) son antiguos, no diré que como el mundo, porque el mundo es más viejo que el hombre, pero como la especie humana. En las pirámides de Egipto se encuentran—al lado de las momias de niños, de esos pequeños féretros pintorreados, dorados, enriquecidos con jeroglíficos curiosos y que ofrecen un modelo estricto del cuerpecillo muerto—los juguetes que usaba en vida, las muñecas y los trompos, los sonajeros y los instrumentos de música en miniatura. Fúnebre sonrisa de la muerte al través de los siglos, inmovilizada en un osario, como todo lo que pertenece á ese pueblo misterioso y solemne, que hizo de la vida terrenal la preparación á otra vida.

* *

Y ninguna edad histórica ha dejado de crear juguetes, más ó menos rudos, más ó menos divertidores, para regocijo de la chiquillería. En los museos se conservan retratos de niños, rodeados de sus juguetes ó colgándolos de la cintura, como llevaban sus dijes y cascabeles los bufones. Juguetes imperfectos, seguramente, pero que los chicos de entonces encontrarían óptimos, porque todo depende de la comparación, y cuando se tiene lo mejor de cada época no se echa nada de menos (lo cual demuestra que el progreso sólo es la complicación de las necesidades). Los niños, que están más cerca de la naturaleza que los grandes, desdénan la perfección del juguete, y sólo le piden que materialice su ideal de un momento. Dispuestos á hacerlo trizas, no le exigen que sea una maravilla; ni por serlo les encanta más.

He tenido ocasión de observarlo en las distribuciones de juguetes á los niños de la aldea. Igual ó mayor felicidad les produce un juguete basto, muy barato, que otro fino. Lo que sobre todo exigen es que sea grande el juguete y que haga ruido. Un primorito de esmalte, de madera pulida ó de porcelana delicada, no les ilusiona como un caballo de cartón en que puedan montar, ó un tambor con el que puedan atronar los oídos. El juguete movido, *activo* por decirlo así, el coche que rueda, el gallo que canta, la corneta que hace *tararí*, el ratón que pega carreras locas..., son lo que eleva al grado máximo la alegría infantil.

* *

Con el formidable desarrollo de la industria en los países productores, los juguetes han llegado á constituir un ramo de suma importancia y en el cual se agotan la habilidad, el buen gusto, la actividad y la gracia de cada nación. Los alemanes hacen el juguete más pesado, más tosco, más chillón que los franceses: en cambio han llegado á lo sumo de la baratura. Tienen á veces los juguetes alemanes un grave defecto: los colores que los tiñen son perjudiciales para la salud de las criaturas, si, como es frecuente, los humedecen con la saliva. Severas prohibiciones, reglamentos previsores, no han conseguido poner á raya la codicia de los industriales. El verde de los pinos, el rojo del tejado de las casitas, contienen veneno. Cólicos que no se sabe á qué atribuir, no reconocen otro origen...

La Selva Negra, los cantones suizos, inundan también de juguetes el mercado europeo. Hay juguetes de madera blanca, trabajados á punta de cuchillo por los pastores, que son una monería. En Ginebra los venden á millares, y los compran las personas mayores para adornar mesas y *etageres*. Son ciervos, gamuzas, águilas—la fauna alpestre, grandiosa y esbelta;—son caprichos de ramaje, *chalets* minúsculos, figurillas de guías y de cazadores; los sencillos temas de la montaña—interpretados con un arte instintivo, genial.—Rusia también construye juguetes, aunque no los exporta... En Moscu se fabrican, á guisa de muñecos, unos oseznos que parecen vivos: los hay blancos, y los hay rojos y negros. Mueven los brazos, tuercen la cabeza, y sólo les falta gruñir. Pero el pueblo que ha entendido de un modo más artístico el juguete (y se cree que desde tiempo inmemorial) es el japonés. En paciencia compiten con los chinos, y les vencen en sentimiento é imitación de la naturaleza; en realismo profundo. Los juguetes del Japón son deliciosos; como objetos de arte se pueden conservar. Lo mucho de infantil que hay en ese pueblo del Extremo Oriente, hace que la línea divisoria entre el juguete y el objeto usual sea menos clara y definida que en otros países. Las admirables estatuillas de marfil que el Japón expuso en París últimamente, así podían servir de entretenimiento á los pequeños, como de placer estético á los grandes. Los broncecillos, las reproducciones de animales en cartón y papel, los caprichos y dibujos fantásticos, los ídolos de barro que sacan la lengua ó sonríen enigmáticamente, juguetes son, al fin, como las muñecas son *musmís* que parecen dispuestas á abanicarse ó á rascar la viola. Juguetes son asimismo los platitos en que las verdaderas *musmís* comen, las comidas que les sirven, las tazas como dedales en que beben el té, las botellas de Kioto, vidriadas, de estrecho cuello y brillante vientre, en que refrescan el agua, y los enanos arbustos que en policromos tiestos se elevan cuajados de flor roja sobre las desnudas ramas. El juego preside á la vida japonesa, y el fértil ingenio de la raza no se agota para inventar cada día nuevos caprichos, ratones blancos, arañas monstruosas, cangrejos ridículos, monigotes inverosímiles, caricaturas en que el terror y la risa alternan. Y los juguetes japoneses suelen costar, en París, desde cinco hasta veinte céntimos.

* *

El juguete francés es elegante, coquetón, serio y científico. Así como el del Japón paga tributo á la fantasía, el de París trata de reproducir, fielmente, en pequeño, los utensilios y los artefactos, los lujos y los refinamientos de la existencia de los grandes. La muñeca no sólo se viste como una señorita muy *chic*, sino que tiene su casa completamente surtida de cuanto reclaman las necesidades actuales. Desde la cocina con fogón y pucheros, hasta el salón Luis XV con talladas consolas y fastuosos cortinajes, las casas de muñecas pueden servir de modelo á los palacios. La electricidad las ilumina; los lavabos tienen agua corriente; algunas ostentan su *serre*, poblada de plantas en miniatura. Por supuesto que los armarios encierran ropa blanca y trajes á la última, boas de pluma y abrigos de piel. Una casa de muñecas bien puesta y donde se lleve la imitación de la verdad á la última perfección, llega á valer bastantes miles de francos.

Para los varones, el juguete francés reproduce trenes en marcha, coches y canoas automóviles, ejércitos que maniobran, panoplias de armas, máquinas eléctricas, fonógrafos, gramófonos, bicicletas, caballos que galopan, cisnes imantados que nadan, el *sport*, la caza, la curiosidad. El automóvil, naturalmente, se alza triunfante sobre toda la juguetería. Hay *voiturelles* de regular tamaño, en que el niño puede ejercitarse como *chauffeur*. La novedad, ahora, es... el accidente de automóvil, producido mecánicamente: se ve saltar á los dos muñecos que ocupan el coche, describir una curva en el aire con sus cuerpos, caer á dos ó tres metros de distancia... y quedarse, naturalmente, tan tranquilos. En esto difiere el juego de la realidad, pero ¿quién sabe si llegará á inventarse algún monigote que lleve requeson en la mollera y almague en una vejiga de cerdo, colocada en el esternón, y que, al ser proyectado lejos del coche que ocupa, procure la ilusión perfecta del «accidente» con sus consecuencias más espeluznantes?

* *

No sería justo olvidar los juguetes de Madrid, ni bonitos, ni ricos, ni delicados, pero entretenidos y tan baratos como los japoneses. Cada día aparece en la acera del Ministerio de la Gobernación una invención nueva, efímera, oportuna. La vocean los chicos

vendedores, y lleva el sello de la actualidad; es una nota del momento presente, picaresca, burlesca, política; un tributo al capricho de la multitud. En la acera de Gobernación he visto expender á *Mac Kinley borracho perdido* y á Sagasta con el peroné roto. El juguete se convierte así en apéndice de la prensa satírica, y corea y comenta sus desplantes. Nadie habrá olvidado, por ejemplo, á pesar de que estos juguetes viven poco más que las mariposas, al famoso *don Nicanor tocando el tambor*. ¿Qué les queda en el bolsillo á los que fabrican tales juguetes de á *perro chico* y *perro gordo*? No lo entiendo; porque ha de ganar el que los hace y ha de ganar el que los vende, y con el precio parece que no alcanza para bramantes, cartón, madera y pinturas, aparte de la mano de obra. La humilde industria da sin embargo pan y techo á centenares de obreros, que á veces trabajan por su cuenta, y preparan de noche, á la hermosa luz del quinqué de petróleo, lo que ha de salir á vender á la del sol alegre, por la mañana, cuando sale á paseo ó á la escuela la chiquillería... Hay todavía otra clase de juguetes sin ingenio, humildes copias de lo real, y también de inverosímil baratura: sartenes y cazos, trébedes y parrillas, tinajas para el agua, planchas, mesas de cocina, sillas de paja, balanzas, platos, fuentes, ollas, besugueras, armarios de luna, sofás, fuelles, tenazas..., en suma, muebles y enseres, ejecutados con curiosa precisión, con la nimiedad japonesa, aunque sin la finura y delicadeza de mano que caracteriza á los artistas nipones.

* *

Y ahí vienen acercándose, pisando quedito sobre la nieve cuyos copos pronto mullirán el aire, los Santos Reyes de luenga barba y rozagantes mantos, orlados de armiño, trayendo, en las alforjas de sus dromedarios, los juguetes de los diversos pueblos, de las diferentes razas, de los climas y regiones varios del universo, para echarlos sobre las cunas y en los zapatos expuestos bajo las campanas de las chimeneas. Ahí vienen, bondadosos como abuelos, previsores como madres, portadores de tanta golosina y tanta chuchería, riéndose dulcemente de la risa y del contento que van á causar.

Correrán años y aportará la existencia, entre sus múltiples males, algunos bienes, algunas venturas de las que poéticamente suelen compararse á las dichas del Edén; pero nunca el niño, ya hombre, sentirá un goce más completo, más ilimitado, más vehemente que el del despertar asido al juguete que le ofrecieron los Santos Reyes y que le da, en cartón y papel, hojalata y cinc, su ensueño materializado y realizado. La mujer le hará echar de menos la valsadora mecánica; las batallas de la realidad le harán sentir nostalgia de los cañones de plomo y los fusiles de madera barnizada... Y las casitas de muñecas, tan cucas, tan bien surtidas de todo lo indispensable, tan limpias, tan en orden, tan calladas, tan confortables y discretas, contrastarán quizás con la suya, llena de ruido y de polvo, de chillidos y canturreos, de discusiones y escaseces...

EMILIA PARDO BAZÁN.

La cr...
la neces...
en lo q...
natural...
cha tod...
de cred...
tiempos...
datos c...
menos...
mejor d...
se como...
mo con...
ejercita...
fenóme...
barato.

He p...
to del...
ción de...
de la...
pasa un...
teniendo...
la velac...
diciona...
cétera...
cada c...
engaño...
ponían...
ficie el...
mula d...
en la a...
natural...
bruja...
asunto...
para h...
son las...
mados...
nadie...
las der...
¡Tie...
aplica...
otros...
un fan...
la bron...
tendid...
á la su...
bien la...